



Cuadro al óleo de Alvarez Dumont: «El Gran día de Gerona» (Foto Sans)

Tres gobernadores de Gerona en los años 1808 y 1809

por JOAQUIN PLA CARGOL

En los heroicos sitios sostenidos por la ciudad de Gerona en 1808 y 1809, un nombre, glorioso en alto grado, ha quedado fuertemente unido al de la heroica ciudad: el nombre del general don Mariano Alvarez de Castro.

El glorioso renombre alcanzado por este general nos parece muy justo, pues él llevó la parte principalísima en la heroica resistencia de la ciudad; pero en la historia de Gerona en aquellos trágicos y memorables años de 1808 y 1809, merecen también ocupar un destacado lugar, a nuestro modesto parecer, otros dos jefes superiores, que, en ciertos momentos de dichos años, tomaron sobre sí la responsabilidad de la defensa de Gerona y de sus fuertes. Estos dos jefes superiores a que nos referimos son: el mariscal de campo don Joaquín de Mendoza y el brigadier don Julián Bolívar o Bolívar.

Don Joaquín de Mendoza, general de artillería, era gobernador de Gerona al comenzar el año 1808, y, como a tal gobernador de la plaza gerundense, tuvo que enfrentarse con una situación difícilísima y que los acontecimientos que se iban produciendo en numerosos lugares de toda España, hacían de día en día más grave y escabrosa.

El coronel don Julián de Bolívar era, a comienzos de 1808, teniente de rey de la plaza de Gerona. Como a tal teniente de rey, actuaba como segundo jefe de la plaza; el cargo de teniente de rey solía desempeñarlo, en las plazas que lo tenían, un coronel o brigadier de Estado Mayor, y sus funciones venían determinadas en las Ordenanzas del Ejército de 22 de octubre de 1768.

Cuando, al producirse el alzamiento de Gerona contra Napoleón, el día 5 de junio de 1808, el pueblo gerundense se echó a la calle lleno de patriótico entusiasmo, buena parte de los gerundenses exteriorizaron su desagrado por la manera cómo se había comportado el mariscal de campo don Joaquín de Mendoza con los invasores; al acogerlos amigablemente a su paso por la ciudad, al no oponer resistencia a la entrada en Gerona de las tropas de la división Duhesme; al haberlas atendido proporcionándoles alojamiento y facilitándoles medios para el transporte de sus bagajes a Barcelona.

Es casi seguro, sin embargo, que el proceder del general Mendoza, en aquellas circunstancias, y por varias razones, no pudiera ser otro; porque habría recibido, sin duda, indicaciones, más o menos concretas del capitán general de Cataluña, general Ezpeleta, en sentido de que atendiera a las tropas de Duhesme, que entraban como aliadas (pues tal era la fórmula que los invasores esgrimían a la sazón), y también porque, caso de no haber atendido las indicaciones del capitán general, resultaba humanamente imposible que Gerona pudiera oponerse al paso de las fuertes divisiones napoleónicas, por contar la población, en aquellos momentos, con



Cuadro representando al general Mendoza, en los lugares de más lucha, antes de su muerte. (Foto Sans)

una exigua guarnición de sólo 300 hombres del regimiento de Ultonia, por carecer de piezas de artillería en número regular y en estado de poder funcionar, por falta de artilleros para servir las y porque los fuertes, los baluartes y las murallas de Gerona, estaban en lamentable estado de dejadez y, en parte, incluso en ruina; todo lo cual hacía imposible poder afianzar, en medios tan menguados, una defensa eficaz de la plaza.

Las multitudes, especialmente en los momentos pasionales, no suelen acomodarse a un análisis puramente objetivo de lo que es posible y de lo que no lo es tanto; y debido, sin duda, al estado de justa indignación que en Gerona, como en todas las tierras de España, se iba extendiendo al conocer los acontecimientos que se iban produciendo en Madrid, el pueblo gerundense exigió de la Junta de Defensa que se creó en la ciudad (para que cuidara de todo lo que hiciera referencia a la defensa de la plaza y de sus fuertes), que procediera a destituir del cargo de gobernador al general Mendoza, hombre ya entonces de algo más de 70 años, y el cual no opuso resistencia alguna en acatar lo que era, en aquellos históricos momentos, la expresión de la voluntad popular; y recayó el cargo de gobernador y la presidencia de la

Junta de Defensa nombrada, en el coronel (y seguidamente brigadier), don Julián de Bolibar.

El general Mendoza, movido por su patriotismo, y comprendiendo que Gerona sería, en adelante, y dada su situación en el camino real entre Barcelona y Francia, un lugar de sumo peligro y de fuerte lucha, no quiso abandonar la ciudad. Pero supo mantenerse sin inmiscuirse para nada en el mando de la plaza, como puede deducirse del hecho de no aparecer su nombre en los actos y acciones que se fueron produciendo en la defensa de Gerona, ni en la documentación oficial que hace referencia a dicha defensa.

Sólo cuando las condiciones de Gerona fueron haciéndose mucho más graves y difíciles, ya iniciado el sitio de 1809, y creyendo el general Mendoza que, a pesar de su edad avanzada, aún podía prestar algún servicio en pro de Gerona y de España toda, presentó al general Alvarez de Castro y le pidió le confiara un lugar en la defensa de la plaza, ya fuera en el mando de alguna unidad o de alguna fortificación, ya admitiendo su colaboración como a simple soldado. Esta actitud tan generosa y patriótica del viejo general, debió mover los nobles sentimientos de Alvarez, y le confió el mando del pequeño baluarte de Sarracinas, situado junto al torrente de Galligans y próximo a la torre Gironella. En aquel modesto cargo, que hubiera desempeñado, a no ser él, un capitán o un comandante, el general Mendoza puso todo su interés y la atención más constante y decidida.

Y cumpliendo sus deberes en aquel cargo, mientras observaba desde la puerta de comunicación del claustro de la catedral con el baluarte de Sarracinas, los movimientos de las tropas napoleónicas que, ya dueñas de Montjuich, iban acercando sus medios ofensivos a las murallas de aquella parte de la ciudad, una bala de los sitiadores hirió tan gravemente en la cabeza al viejo general, que éste falleció a consecuencia de aquella grave herida. Muerte gloriosa la suya, que puso un broche altamente honroso a la larga vida de aquel militar, que bien puede considerarse se dió generosa y calladamente a la defensa de Gerona.

El jefe que ha alcanzado, muy justamente, el máximo renombre en la defensa de Gerona en 1809 es, como antes indicamos, el general Alvarez de Castro; fué hombre de gran carácter, muy religioso, enérgico y de probado heroísmo; y en relación a los móviles que pudieron inspirar algunos de sus hechos durante el sitio de Gerona de 1809, séanos permitido formular algunas apreciaciones, que mucho nos complacerá puedan compartir nuestros queridos lectores.

Ya se sabe que el general Alvarez de Castro, a comienzos de 1808 desempeñaba el cargo de gobernador del castillo de Montjuich, de Barcelona. Cuando penetraron por Cataluña las primeras tropas napoleónicas, las de la división Duhesme, se posesionaron éstas plácidamente de Barcelona y de la ciudadela de dicha ciudad, alegando su condición de aliadas; y para redondear y fortalecer más la ocupación de la plaza, un batallón napoleónico, con el general Millosewitz al frente, subió al castillo de Montjuich, con el propósito de ocuparlo.

El general Alvarez, al ver la llegada de aquellas fuerzas, hizo cargar las piezas de artillería del castillo y rehusó enérgicamente hacer entrega del fuerte al general napoleónico; y como este último insistiera por orden de Duhesme, y manifestara a Alvarez que actuaba conforme a



(Foto Sans)

acuerdos establecidos con el gobierno español, el general Alvarez le manifestó que de ninguna manera entregaría la fortaleza, que estaba bajo su mando, en tanto no se lo ordenara su superior jerárquico, el capitán general de Cataluña, a la sazón el general Conde de Ezpeleta.

El general Ezpeleta, al ser enterado de lo que ocurría, extendió la orden y entonces Alvarez, como soldado disciplinado que era, aun cuando el hecho le contrariaba hondamente, no opuso más resistencia a la entrega del castillo y las tropas de Miloszewitz lo ocuparon.

Aquel hecho dejó sin duda, en el ánimo de Alvarez de Castro, un amargo sedimento de tristeza y posiblemente de contenido rencor contra los invasores; poco después, al reorganizarse las fuerzas españolas de Cataluña, formando el llamado ejército de la Derecha, Alvarez de Castro fué designado jefe de la vanguardia de dicho ejército y encargado, especialmente, de la defensa del Ampurdán. En caso de necesidad, al no poder sostenerse en el Ampurdán, se apoyaría en las defensas de Gerona, para oponer allí la máxima resistencia al avance por aquel sector, de las fuerzas napoleónicas invasoras.

Desarrolló Alvarez de Castro, en su nuevo cargo, determinadas incursiones por el Ampurdán, y situó luego sus fuerzas en la línea del río Fluviá, sosteniendo allí algunas escaramuzas, la principal de las cuales, y con excelente resultado, el 24 de noviembre de 1808. Algo más tarde y ante la gran superioridad de las fuerzas del general napoleónico Saint-Cyr, que, una vez rendida Rosas, procuraron romper la línea del Fluviá, retiróse Alvarez a Gerona; y ascendido a mariscal de campo, se hizo cargo del gobierno de la ciudad, cesando en el desempeño de aquel cargo el brigadier Bolivar, el cual quedóse en la plaza en calidad de teniente de rey o segundo jefe.

Ya en Gerona, desarrolló Alvarez de Castro una intensa actividad, en sentido de fortalecer las defensas, reparar las murallas, limpiar los fosos y los baluartes, incrementar el número de las fuerzas defensivas, proceder al almacenamiento de víveres, temiendo los rigores de un posible largo sitio, y dedicó todos sus afanes a cuidar de los múltiples y variados detalles que la delicada situación en aquellos momentos hacían precisos y urgentes.

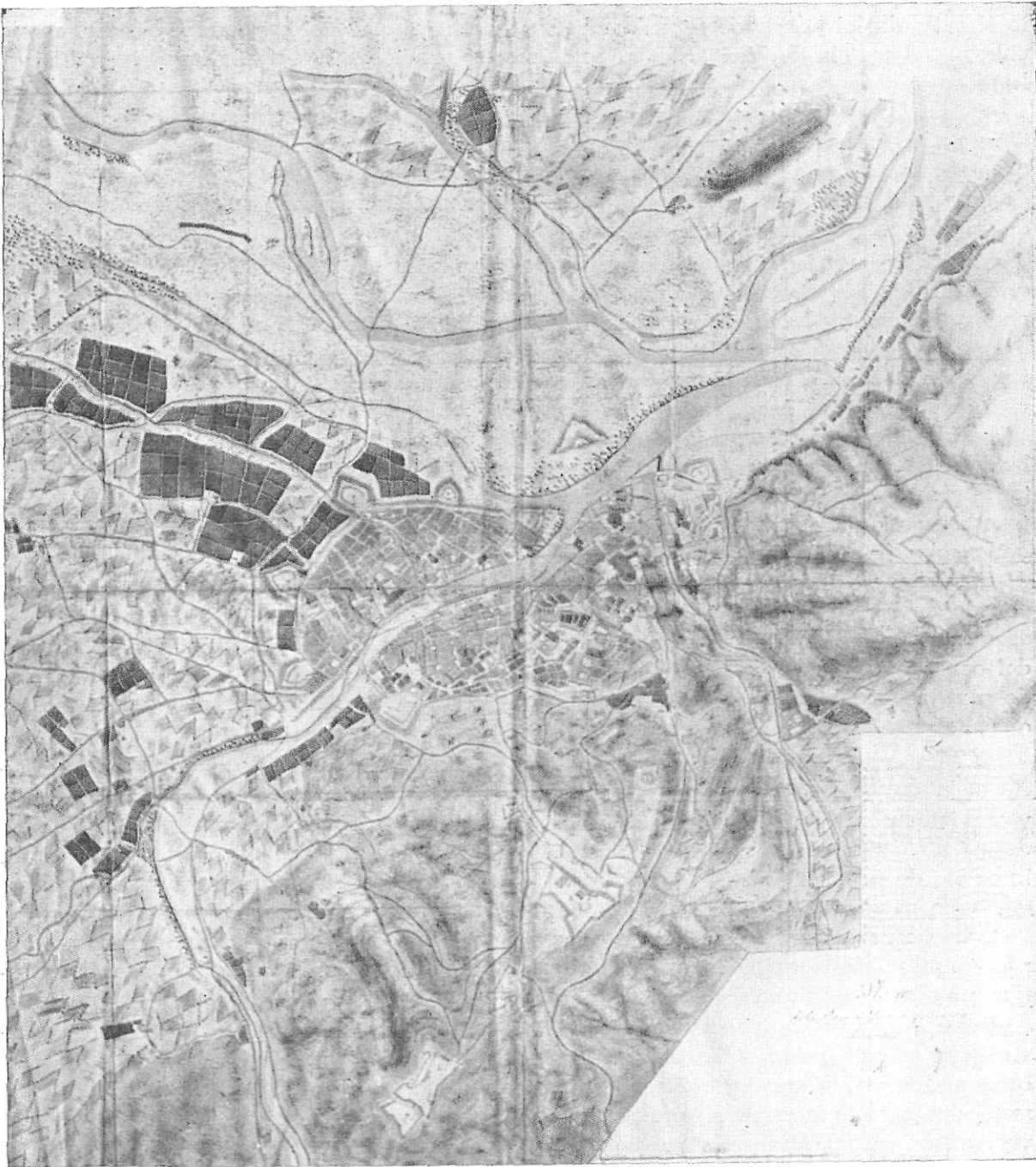
Saint-Cyr, para correr en auxilio de Duhesme, que se hallaba verdaderamente bloqueado en Barcelona, rehuyó pasar por Gerona y realizó una marcha que han ponderado justamente todos los estrategas. Y hasta primeros de mayo de 1809, no aparecieron ante Gerona las fuertes columnas napoleónicas, que se propusieron poner sitio a la ciudad, y que comenzaron seguidamente sus trabajos, bajo el mando del general Reille.

El sitiador, con la finalidad de procurar el debilitamiento de la resistencia de Gerona, hizo correr por la comarca, y llegó hasta Gerona, transmitido por gentes que aún conseguían entrar en la ciudad, el rumor de que Gerona resistiría muy poco tiempo, pues Alvarez de Castro ya había rendido a las fuerzas invasoras el castillo de Montjuich, de Barcelona, y también les rendiría la plaza gerundense.

Al enterarse de la propagación de tal rumor, Alvarez de Castro decidió atajarlo enérgicamente, exigiendo para ello de los gerundenses toda la colaboración y toda la lealtad, y dando él a su vez, al pueblo de Gerona, la seguridad absoluta de que no flaquearía jamás en la defensa de la ciudad.

Y para dar testimonio inquebrantable de su decisión y exigir a la vez de los gerundenses la máxima y necesaria cohesión y lealtad, publicó su célebre bando del primero de abril, que textualmente decía así:

«Gerundenses: los enemigos propalan querer por tercera vez probar vuestros esfuerzos; propalan, además, tener ganada esta Ciudad por traición; pero yo, que conozco por experiencia vuestro patriotismo, vuestro valor y la fidelidad que tenéis a Fernando VII, estoy sin el menor recelo, asegurando que me acompañáis en la resolución firme que tengo hecha de defender la Plaza hasta perder la última gota de mi sangre. Sí, gerundenses, toda la Nación está prendada de vuestros procederes, y yo el más feliz de estar entre vosotros; sin embargo, para atajar cualquiera maquinación que pudiera haber intentado el enemigo con introducir en la plaza algún perverso; para el caso de presentarse los enemigos al frente de ella: impongo pena de la vida, ejecutada inmediatamente, a cualquier persona, sea de la clase, grado o condición que fuere, que tuviese la vileza de proferir la voz de rendición, o capitulación. — Mariano Alvarez. Por disposición de S. S., Dr. don Andrés Cavallero.»



Plano de la Plaza de Gerona, con sus alrededores y la situación de los distintos fuertes

Poco tardaron los napoleónicos en hacer su aparición ante Gerona, pues a primeros de mayo el general Reille, con unos 15.000 hombres y poderosa artillería comenzó los trabajos para asediar la ciudad. Pronto se dió cuenta que sus fuerzas resultaban insuficientes, y ya a mediados de mayo, para incrementar aquellos trabajos de sitio, se hizo cargo del mando de los sitiadores el general Verdier, quien interesó seguidamente de Saint-Cyr que le enviara más fuerzas, quejándose poco tiempo después de que no recibiera tales refuerzos, lo que le obligaba a una considerable lentitud en los trabajos del asedio.

Algunos historiadores han interpretado la publicación del bando de Alvarez, el del 1.º de abril, como una muestra de dureza excesiva contra la población gerundense, tanto más cuanto no había comenzado aún el tercer sitio; pero a nuestro modesto parecer, puede también interpretarse aquel bando como una justificación propia de la energía y decisión que habría él de emplear en el transcurso del sitio que se veía inminente; era como una justificación, por cuan-

to él quiso dar al pueblo de Gerona la seguridad de que ni él había sido el responsable de la entrega del castillo de Montjuich, de Barcelona, ni nunca, en la defensa de Gerona, libraría la plaza a los sitiadores.

Y nos acaba de convencer de que el principal móvil de aquel bando fué la propia justificación, el proceder que siguió Alvarez de Castro, más tarde, el día 2 de julio, cuando el general francés Kirgener se presentó a las guardias del Llano de Santa Eugenia, acompañado de un marino español que había sido hecho prisionero, haciendo el jefe napoleónico entrega de un documento de su general en jefe.

El pueblo gerundense, al tener seguidamente conocimiento de que el general francés solicitaba de Alvarez una entrevista con jefes de ambos bandos para tratar de las condiciones para que cesara la lucha, temió que ello pudiera iniciar el proceso de rendición de la plaza, ya entonces, desgraciadamente, en estado precario. Y el pueblo gerundense exteriorizó inmediatamente su temor y su desagrado (caso de establecerse negociaciones) y situóse frente al domicilio de Alvarez de Castro, en la plaza de la Catedral.

Alvarez correspondió a aquella actitud del pueblo gerundense con un gesto, que da cabal idea de cómo sabía mover los resortes psicológicos para imponerse; no hizo a los protestatarios manifestación oral alguna; no les dió ninguna explicación que tendiera a tranquilizarles; pero hizo salir a la puerta de su domicilio a uno de sus ayudantes, el cual se limitó a dejar pegado, sobre la puerta exterior, el enérgico bando del 1.º de abril.

El público que llenaba la plaza, y que se manifestaba nervioso y bastante agitado, al ver pegado en la puerta aquel bando, comprendió que nada debía temer de posibles arreglos o componendas con los sitiadores; y admirados y reconocidos los gerundenses a la entereza del general, le aclamaron con entusiasmo y se retiraron sosegadamente a sus casas, llenos de confianza; sabían, por aquel hecho, que Alvarez de Castro no firmaría nunca la entrega o capitulación de la ciudad al invasor.

Y aún una tercera vez (el 17 de septiembre), al presentarse ante la brecha de Santa Lucía un oficial del ejército sitiador siendo portador de un documento para Alvarez de Castro, y al reunirse, ante esta noticia que rápidamente corrió por la ciudad, algunos militares y otros defensores gerundenses, ante el domicilio del general Alvarez, éste mandó fijar de nuevo, en la puerta de su casa, el bando del 1.º de abril, y ordenó se contestara al enviado enemigo, que no admitiría jamás proposición alguna que viniera del campo de los sitiadores.

El hecho de pegar de nuevo aquel bando, creemos puede interpretarse también como una nueva ratificación o justificación, para dar a los gerundenses la seguridad de que él no firmaría nunca la rendición de Gerona.

Las acciones que se fueron sucediendo luego, pusieron a prueba, reiteradamente, las condiciones de energía y de mando de Alvarez, así cuando, a comienzos de diciembre de 1809, a consecuencia del trabajo incesante, de las dificultades crecientes, de la pesadumbre por no recibir los auxilios tantas veces prometidos por el general Blake, Alvarez de Castro cayó gravemente enfermo, Gerona se sintió verdaderamente desamparada. El día 9 de diciembre, vista la gravedad de la enfermedad del general, éste fué viaticado, viéndose obligado entonces a traspasar el mando de la Plaza al brigadier Bolibar.

Don Julián de Bolibar, al hacerse cargo del mando en las angustiosas condiciones en que se hallaba entonces Gerona, decidió reunir inmediatamente a los jefes de los cuerpos de la guarnición, para tratar con ellos de si humanamente era posible seguir resistiendo el cerco, cada vez más cerrado y agobiador para los sitiados, o era llegada la hora de entablar negociaciones con el sitiador.

La forma rápida con que se desarrollaron los sucesos en los días 9 y 10 de diciembre, da lugar a suponer que entre la guarnición de la plaza había opiniones dispares, y que algunos creían que Gerona había hecho ya todo lo posible en extremar su resistencia hasta el grado en que lo había hecho; que en aquella tan apurada situación cabían sólo dos caminos: o abrirse paso a viva fuerza por entre las tropas sitiadoras, o entablar negociaciones con el mando napoleónico para tratar de la capitulación de la plaza, y con ello poner fin a aquella terrible agonía, sin esperanza alguna ya, dentro de la presumible o probable.

Prevaleció este último criterio, por más que una parte de los defensores no renunciaron al

primero y lo pusieron en práctica, aquella misma noche, con resultado infructuoso y desgraciado.

Es muy probable que Bolibar no se mostrara contrario a entablar negociaciones, pues, al reunirse los Gremios luego para tratar de ello, en la Junta General de Defensa, y al protestar los representantes de dichos Gremios, en la Junta convocada, de que hubiesen sido ya iniciadas las negociaciones con los sitiadores sin que previamente se pidiera el parecer y la aprobación de dicha Junta, Bolibar no pareció manifestarse contrario a lo que se había hecho en relación a las negociaciones entabladas. El silencio que en general los historiadores han guardado para con Bolibar, a raíz de la capitulación especialmente, parece una prueba de que su gestión de aquel momento mereció cierta frialdad de apreciación por parte del vecindario gerundense, y aquel sentir de dicho vecindario, fué, probablemente, el que recogieron los historiadores de la primera mitad del siglo pasado.

No obstante, si consideramos la gestión de don Julián Bolibar en la defensa de Gerona en 1808, cuando él asumió el cargo de gobernador de la Plaza, habremos de convenir en que la defensa que hizo de la misma fué decidida y eficiente. Tuvo entonces que improvisarse todo y muy rápidamente; las murallas, baluartes y fuertes de la ciudad estaban en un verdaderamente lamentable estado; y a pesar de todas aquellas malas condiciones, Bolibar supo oponer a los ataques de los napoleónicos una resistencia decidida y eficaz, logrando sobre ellos dos señaladas victorias, al obligarles a retirarse. Claro que las fuerzas que entonces atacaron Gerona fueron en número mucho menor que las que sitiaron la plaza en 1809; pero las fuerzas que pudo oponer Gerona a los invasores fueron también en 1808, mucho más reducidas que las que lucharon en la ciudad en el transcurso del tercer sitio.

El resultado victorioso de los dos sitios de 1808 dan fuerza a suponer en Bolibar condiciones muy aptas de mando; y su cooperación personal y decisiva en la defensa del baluarte de Santa Clara, acredita a Bolibar de reconocido valor. Es indudable que en los ataques de junio y agosto de 1808, Bolibar supo disponer y utilizar muy bien sus tropas y conducir las a importantes triunfos sobre fuerzas muy entrenadas y aguerridas.

Descartado, pues, el valor, el patriotismo y la buena preparación técnica de Bolibar, cabe preguntarse: ¿A qué obedeció su eclipse durante el mando de Alvarez de Castro? ¿Por qué no se hace mención de él en el planteamiento o en el desarrollo de las varias acciones del tercer sitio?



En todas las acciones, en todos los sucesos, hay siempre, naturalmente, aspectos que pueden quedar en la penumbra; son a manera de pequeñas nebulosas o de enigmas, que en muchos casos no llegan a esclarecerse jamás. Ojalá que algún día, por el hallazgo de alguna documentación, hoy ignorada, pudieran verse, con la suficiente claridad, los aspectos que permanecen hoy nebulosos, en lo que hace referencia al brigadier Bolibar.

Parece justo, no obstante, el admitir que, al tratar de los Sitios de Gerona, a don Julián de Bolibar se le ha regateado, posiblemente, merecimientos y honores. El solo hecho de que él firmara la capitulación de la ciudad, no parece suficiente para regatearle o negarle todo *aprecio* por sus hechos anteriores; téngase en cuenta que también Alvarez de Castro tuvo que pasar por el gran dolor de tener que entregar la fortaleza de Montjuich, de Barcelona. Sabe Dios los poderosos motivos que obligaron a Bolibar a iniciar gestiones con el sitiador, y sabe Dios el dolor que produjo en él el tener que estampar su firma en aquel tremendo documento. Ciertamente no podemos calibrar adecuadamente el gran dolor de Bolibar y de

Retrato del general don Blas de Fournás
(Archivo E. Rodeja)

todos los defensores de Gerona en 1809, al ver sus grandes sacrificios sin el favorable coronamiento que habían anhelado tanto, y al darse cuenta de que tantas angustias, tantos dolores, tantos sacrificios como representó para los gerundenses el sostenimiento heroico de aquellos sitios, no podían rematarse con la victoria que sus esfuerzos merecían, y que no se perdía precisamente por ellos, sino por la triste causa de no llegarles con la premura debida, el auxilio que de tanto tiempo anhelosamente interesaban.

Es de lamentar que ninguno de los tres generales que tuvieron sucesivamente a su cargo la defensa de Gerona en 1808 y 1809, nos dejara las impresiones de aquellos meses en que actuaron como gobernadores de la ciudad, en sendas memorias o impresiones personales. De haber éstas existido, no hay duda que nos hubieran orientado mejor que las noticias publicadas en el «Diario de Gerona» o que podemos extraer de la frialdad de los documentos oficiales; y como tales memorias íntimas no existen en este caso, hemos de juzgar de los personajes afectados por aquellos hechos, por estos mismos hechos o por las deducciones que de los mismos podamos formular. Es atendiéndonos a ellos que hemos bosquejado estas siluetas de los tres generales de que tratamos, y que tan íntimamente quedaron unidas a la heroica historia de Gerona en el transcurso de los años 1808 y 1809, en que nuestra ciudad se distinguió y sublimó, dentro del patriótico movimiento nacional que se produjo entonces, sosteniendo heroicamente unos sitios durísimos, que le permitieron conquistar un lugar y un nombre honoríficos, entre las más gloriosas gestas de la Historia Contemporánea de España.



Placa que figura en el monumento del León, ofrecida en 1909 por los artilleros a la memoria de los bravos soldados de la misma arma que lucharon en 1809